

# Lectura-escritura

Manuel Pérez Rocha

# Libro

Rebeca Lozada



**UACM**

Universidad Autónoma  
de la Ciudad de México

*Nada humano me es ajeno*

En el tiempo de la cosecha la comunidad recoge los frutos maduros, productos del cultivo que representan el esfuerzo invertido durante toda una temporada. Cosechar es sinónimo de logros.

**Portada:** Hoja de cóleo, *Coleus x hybridus*, de forma ovada y margen repando.

Cosecha de Palabras

2

Lectura-escritura

Libro



# Lectura-escritura

Manuel Pérez Rocha

## Libro

Rebeca Lozada

## COSECHA DE PALABRAS

© *Cosecha de Palabras. Lectura-escritura. Libro*. Primera edición, 2008

© *Lectura-escritura*. Manuel Pérez Rocha

© *Libro*. Rebeca Lozada

D.R. © 2008 Universidad Autónoma de la Ciudad de México  
Av. División del Norte 906, col. Narvarte Poniente  
Delegación Benito Juárez, México, D.F., 03020  
Teléfono: 1107 0280

Coordinación editorial: René Nájera Corvera  
Edición: Yvonne Cartín Cid, Israel Ramírez  
Diseño de la colección y portada: Benito López Martínez  
Correo electrónico: cosechadepalabras@yahoo.com

ISBN de la colección: 978-968-9259-36-7

ISBN de la obra: 978-968-9259-41-1

Hecho e impreso en México  
Distribución interna

Agradecemos el apoyo de Rafael López Giral y  
Javier Perucho para llevar a cabo esta edición.

## Índice

Presentación	9
Lectura-escritura	13
Libro	25



**E**l primer bombardeo sobre Bagdad, una madrugada de 2003, nos llevó a presenciar el inicio de una guerra. Sin embargo, la inmediatez y claridad de las imágenes televisivas no ofrece un registro fiel de sus verdaderos efectos: muerte, incendio, destrucción y saqueo. Las guerras mutilan vidas humanas, pero además pueden llegar a lastimar las raíces profundas de una cultura, de un pueblo, sin las cuales nada germina. Una de las consecuencias de la guerra en Irak fue que se hirieron los santuarios culturales, el museo-biblioteca donde se guardaban las más antiguas muestras del libro como objeto: las tablillas con los balbucientes primeros escritos de la humanidad.

La destrucción de aquellos insustituibles vestigios, que describen la práctica de la lectura y escritura en que

se sustenta nuestra civilización, muestra que la guerra, en su significado más profundo, es la oposición más brutal que el hombre perpetra contra sí mismo, pues se atropellan los instrumentos que estimulan y abrigan las aspiraciones más elevadas del ser humano: la búsqueda y la construcción del conocimiento.

La guerra que destruye la libertad, el conocimiento y la vida humana, arrasa también con museos, academias y bibliotecas, que no son otra cosa que la memoria del ser humano. Por ello, la escritura es también símbolo de seguridad, de abrigo, de custodia. En la infancia, una de las primeras palabras que escribimos es precisamente nuestro nombre. El nombre nos identifica y distingue frente a los demás. Si alguien nos llama, permanecemos también gracias al otro. Aprender a escribir representa la permanencia de la palabra y la permanencia del ser humano. Nombrar es también escribir, para que quien no pueda escucharnos nos lea. Es decir, la escritura es la prolongación natural del mundo a través del lenguaje.

Hablar y escuchar son actividades hermanas que se imbrican, lo mismo que escribir y leer, ya que algo que muchas veces no se considera es que la lectura, para tener efecto, debe generar a su vez la escritura. Preci-

samente en este volumen, Manuel Pérez Rocha se encarga de señalar que, si verdaderamente se desea tener éxito en la enseñanza y fomento de la lectura, esto debe complementarse con el fomento de la escritura, pues ambas son acciones indisolublemente unidas.

Hoy en día los libros son cada vez más cercanos a la gente, se les valora tanto por su contenido como por su impresión o diseño. Pero un libro que no se lee, dice Jorge Luis Borges, es sólo un objeto. El acto de la lectura no debe ser obligatorio o coercitivo, ya que así el libro no dejaría de ser un grupo de letras y palabras impresas. Leer de manera sensible e imaginativa, inteligente y placentera, permite que el libro se transforme en un maestro, un guía, un referente, una realidad. Los libros, nos dice Rebeca Lozada, son mucho más que un volumen de hojas, ya que “gracias a los libros, nuestros recuerdos abarcan milenios”.

Así como hoy los libros se han acercado al amplio público, la escritura también debe hacerlo. Si, como plantea Manuel Pérez Rocha, el dominio de la escritura se ha entendido como privilegio de unos cuantos, los poderosos o los pertenecientes a una élite intelectual que busca conservar su estatus, su ensayo nos invita a recuperar la escritura como un bien de todos, y a ejer-

cer la lectura como actividad transformadora, lo que sólo sucede cuando se tiene la costumbre de compartir con otros lo que se ha leído.

Antiguamente era práctica común censurar los libros, negar su publicación o restringir el acceso a ciertas obras porque, se creía, debían ser prohibidas para el común de la gente. Negar que el libro sea accesible para todos, que la lectura y escritura sean derecho cabal de los hombres, es cercenar el aprendizaje que el ser humano puede tener sobre sí mismo y sus semejantes. La palabra es la huella más tangible del hombre, y procurar que esa huella sea visible para todos es un cometido que habrá de orientar nuestros esfuerzos dentro y fuera del aula.

Los dos ensayos que aquí se reúnen obedecen a personalidades y estilos distintos; en la diversidad radica la valía de esta segunda entrega de Cosecha de Palabras. Este volumen nos motiva a la reflexión sobre el libro y la lectura-escritura desde perspectivas históricas, educativas, culturales... en nosotros depositan sus autores la confianza de que el diálogo que ellos han iniciado continúe.

# Lectura-escritura

---

Manuel Pérez Rocha



**E**scritura y lectura son dos actividades estrechamente relacionadas, son dos momentos de un mismo proceso. El primer lector de cualquier escrito es su propio autor, quien va leyendo en el momento de escribir las palabras que salen de sus dedos, de su pensamiento; es él el primer sorprendido, no con poca frecuencia ve con azoro el producto de un complejo proceso intelectual y afectivo en el que han intervenido innumerables factores. El escritor lee la palabra recién escrita, continúa, lee la oración formada, regresa al principio del párrafo, revisa la coherencia, la continuidad, la elegancia de lo escrito; corrige lo necesario, reescribe párrafos enteros y los reacomoda después de revisar (leer) la página completa. En todo este proceso toma infinidad de decisiones que responden a criterios estéticos, morales

Veo un hecho insólito: un pájaro carpintero en un árbol frente a mi casa; de inmediato corro y traigo a otros para que lo vean; será realidad cuando sea compartido.

También por eso escribo, hacer realidad, mediante la participación, lo que de otro modo regresaría a la nada. En realidad muchas de nuestras impresiones, intenciones, sensaciones, vuelven a la nada por el simple hecho de no convertirlas en palabras.

MANUEL PÉREZ ROCHA

y técnicos. Escribir implica, entonces, leer, releerse a sí mismo; pero implica también haber leído a otros muchos. El impulso de escribir surge muchas veces de una lectura, ya sea porque resultó estimulante o, por el contrario, porque nos decepcionó o nos produjo enojo.

El impulso por la escritura puede tener también otras motivaciones. Estados de ánimo particularmente intensos invitan a escribir (obviamente, siempre y cuando se sepa escribir y se haya tenido la experiencia de haber escrito algo personal). La nostalgia, la soledad, el sentimiento de impotencia, son frecuentes motivos de la escritura; por supuesto, también lo son la alegría, el gozo, el entusiasmo.

No queremos que se escape ese pensamiento, necesitamos verlo y revisarlo, escudriñarlo, analizarlo, por eso lo ponemos en el papel. Seguramente por eso dibujaban los hombres de la Edad de Piedra en las paredes de sus cuevas. No siempre lo hacían, como algunos han creído, por meros afanes didácticos; seguramente lo hacían por la necesidad de objetivar un pensamiento, una sensación, una imagen impactante, de hacerlos imperecederos; era la necesidad de verse a sí mismos. La necesidad de escribir es la necesidad de verse uno mismo.

Pero escribir es, además, escribir para otros, es comunicar. Y aquí los propósitos pueden ser didácticos (o políticos), pero también son consecuencia de una necesidad afectiva, la necesidad de integrar un nosotros, de hacer que las ideas y los pensamientos se vuelvan parte de la realidad porque son patrimonio común.

Aventuremos una tesis: se es buen lector en la medida en que se es escritor. ¿Cómo asimilar y juzgar un escrito lleno de creatividad e imaginación? ¿Cómo valorarlo si nunca se ha hecho el trabajo de crear e imaginar? Evidentemente hay muchos tipos de lectura; incluso llamamos lectura al proceso mecánico de convertir signos visibles en sonido, o a las operaciones que realiza una computadora. Leer debe significar un diálogo profundo con el escritor ( $\rightarrow$  *memoria*). También, como ningún otro medio, la escritura permite concatenar ideas una tras otra, generándose así textos, argumentaciones y discursos sólidos y coherentes que hacen posible un conocimiento integrado y profundo de los fenómenos y las cosas. Sin la escritura y la lectura serían impensables la ciencia y la cultura contemporáneas.

Leer, en otro extremo de un amplio rango, es comprender los momentos que produjeron el escrito y que estuvieron llenos de dudas e inquietudes y de respuestas

guiadas, como hemos dicho, por criterios técnicos, estéticos y morales. Es obvio que la comprensión y valoración de este complejo trabajo humano son imposibles si no se ha experimentado, en alguna medida, personalmente.

Fomentar la buena lectura, enriquecedora, reflexiva, comprensiva, implica fomentar la escritura. Como hemos visto, lectura y escritura constituyen la base de la cultura contemporánea y una de las revoluciones más importantes en la historia de la humanidad.

Leer y escribir son, sin duda, inventos destacados y herramientas de enorme poder intelectual, político y económico para los seres humanos.

Son ampliamente reconocidos los beneficios proporcionados por la escritura como medio para conservar la palabra, para almacenarla (en libros, revistas, archivos, etcétera) y para almacenar así el conocimiento; de igual manera, son reconocidos los beneficios que la escritura proporciona al comunicar las palabras, y con ellas los pensamientos y sentimientos de quienes las escriben. Pero otras funciones de la lectura y la escritura, que no siempre se tienen presentes, son aún de mayor trascendencia. Ambas constituyen una técnica esencial para el desarrollo y enriquecimiento del lenguaje y, por lo tanto, un medio eficaz para desarrollar el

pensamiento verbal. Como ningún otro medio, separan el pensamiento respecto de su autor y de esta manera convierten el pensamiento propio en objeto de análisis, de pensamiento; esto es, la lectoescritura es una técnica imprescindible para poder desarrollar el pensamiento reflexivo, objetivo.

Pero, a pesar de su enorme valor, durante milenios se aceptó que sólo élites muy reducidas tuvieran acceso a la lectoescritura, a su dominio y a su usufructo directo.

Apenas a principio del siglo XIX, en el mundo occidental, se extendió la idea de que la lectura y la escritura deberían estar al alcance de todos. Impulsados por las exigencias de la urbanización y la industria, los gobiernos adoptaron entonces la política de enseñar la lectura y la escritura a los más amplios sectores populares y encomendaron esta tarea a las escuelas.

Alfabetizar no es simplemente enseñar a leer y escribir, alfabetizar es incorporar en la vida ordinaria la práctica de la lectoescritura como instrumento de trabajo y como medio de enriquecimiento personal.

Ahora bien, en ciento cincuenta años de acción alfabetizadora, en casi todos los países de Occidente los resultados, en mayor o menor grado, están muy lejos de la alfabetización universal.

Me parece un peligro que estemos cada vez más marcados por los medios audiovisuales. Me encanta el cine, y un buen programa de televisión me parece formidable; pero creo que la ficción pasada por esos medios es una ficción castrada, mediocrizada, banalizada, que acaba proponiendo una visión esquemática de la realidad humana, de estereotipos.

Cuando uno lee, trabaja junto al escritor y pone su propia sensibilidad y conocimientos en juego para que la realidad de la ficción literaria se materialice.

MARIO VARGAS LLOSA,  
*El lector participa*

Actualmente la presencia de nuevos medios y técnicas de comunicación y procesamiento de la palabra disminuyen los tradicionales apremios para leer y escribir y, por lo tanto, para aprender a hacerlo; con excepción de Internet, el teléfono reemplaza la escritura de cartas y, aunado a esto, la transmisión de imágenes mediante la fotografía, el cine, la televisión y el fax, hacen innecesarias muchas descripciones que antes debían hacerse por escrito; los símbolos iconográficos transmiten muchos mensajes simples (por ejemplo en las calles y en la maquinaria moderna). No sólo eso, durante algún tiempo la lectura fue una forma idónea de pasatiempo, hoy en día es remplazada en esta función por nuevos pasatiempos como el cine, la televisión, los juegos electrónicos y muchas otras novedades.

El fenómeno es complejo y ha sido insuficientemente estudiado. El fracaso de los sistemas escolares para asegurar una alfabetización efectiva tiene como una de sus causas la superficialidad e ingenuidad con las que casi siempre se aborda esta tarea y la espontaneidad con la que se elaboran planes y reformas educativas.

La inoperancia de muchos de los programas de enseñanza de la lectoescritura se deriva del hecho de que

ésta es enseñada olvidando que se trata de una técnica de comunicación y de desarrollo del pensamiento, y que como tal está fuertemente condicionada por factores personales, afectivos. Grave contradicción es, por ejemplo, que se pretenda desarrollar la lectoescritura en un espacio, el escolar, en donde una norma férrea es, también, imponer el silencio a los estudiantes.

El sistema escolar puede y debe desempeñar tareas fundamentales en la enseñanza de la lectoescritura y el fomento de su incorporación a la vida intelectual cotidiana de todos los estudiantes. Esta contribución exigirá, entre otras medidas, que el espacio escolar deje de ser un espacio de silencio y se convierta en un espacio de desarrollo de la expresión enriquecedora. Pero en el ámbito extraescolar también son muchas las acciones que pueden desarrollarse.

Tanto en los programas de alfabetización como en los de educación básica, se pone empeño en la enseñanza y la práctica de la lectura, pero no en las de la escritura. También las agencias culturales realizan campañas para fomentar la lectura, pero descuidan el fomento de la escritura. Este hecho, de trascendentales consecuencias, no es casual, obedece a arraigadas concepciones que merecen ser revisadas.

El empeño que se pone en fomentar el hábito de la escritura, es escaso en gran medida por la generalizada idea de que solamente una minoría de la población puede escribir, que sólo muy pocos tienen el “talento intelectual” y las condiciones de vida que supone ser escritor y que la gran mayoría que compone el resto de la humanidad, o de una sociedad determinada, está ahí para leer lo escrito por las élites intelectuales.

Ciertamente, también es una meta de las políticas educativas gubernamentales que todos “sepan escribir”, pero esto no significa que se busque que todos sean capaces de escribir poemas, ensayos filosóficos o narraciones con valor literario, simplemente que sean capaces de escribir su nombre y las cuestiones prácticas que se deriven de su vida laboral y social diaria: su dirección, el llenado de un formulario, un informe de trabajo, etcétera.

La idea de que la creación intelectual es privilegio de una minoría es la que, en última instancia, causa que tanto en los programas escolares como en los extraescolares la escritura ocupe un segundo lugar o ninguno.

Existen países avanzados, que suelen serlo íntegramente, y que no, como es frecuente, creen “sólo” en la tecnología. Japón, por ejemplo, ha erradicado el analfabetismo y el más humilde campesino japonés lee y hace poesía. Existen ahí varias asociaciones de escritores, la más numerosa tiene 200 mil socios activos.

## BIBLIOGRAFÍA

- Calvet, Louis Jean, *Historia de la escritura: de Mesopotamia hasta nuestros días*, Barcelona, Paidós, 2001.
- Cardona, Giorgio Raimondo, *Antropología de la escritura*, Barcelona, Gedisa, 1994.
- Cavallo, Guglielmo y Roger Chartier, *Historia de la lectura del mundo occidental*, Madrid, Taurus, 2001.
- Cipolla, M. Carlo, *Educación y desarrollo en Occidente*, Barcelona, Ariel, 1983.
- Manguel, Alberto, *Una historia de la lectura*, trad. de José Luis López Muñoz, Bogota, Editorial Norma, 1999.



Libro

---

Rebeca Lozada



Cuando el rey asirio Asurbanipal no estaba al frente de sus tropas o atendiendo asuntos de gobierno en alguno de sus palacios, leía libros; sabía hacerlo en varios idiomas, por ejemplo, decía que el acadio le parecía oscuro. En esa lengua tal vez leyó la historia del héroe Gilgamesh, disfrutó himnos religiosos y se atareó con problemas de geometría. Tanto le gustaba leer, que enviaba a sus servidores a las ciudades conquistadas para que le trajeran más libros. Igual que el poeta Borges, seguramente Asurbanipal se imaginaba el Paraíso como una biblioteca.

Ahora, casi tres mil años después, aún es posible leer lo mismo que ese rey barbudo, y en los mismos libros, que antes eran tablillas de barro grabadas con la escritura de aquella época. El arqueólogo inglés que encontró la biblioteca de Asurbanipal quedó sorprendido al ver la enorme cantidad de tablillas de barro reunidas en un recinto cerca de la ciudad de Nínive.

Y, sin embargo, también está el libro en las páginas; el pensamiento solo, sin las palabras impresas no formaría un libro. Un libro es una "máquina para leer", pero nunca se puede usar mecánicamente. Un libro se vende, se compra, se cambia, pero no se le debe tratar como una mercancía cualquiera, porque es a la vez múltiple y único, innumerable e insustituible.

ROBERT ESCARPIT,  
*La revolución del libro*

Desde entonces el libro ha cambiado mucho. Para nosotros es ese objeto hecho de papel y tinta que nos es tan familiar y del que dependemos para saber lo que piensan, saben y sienten miles de nuestros semejantes.

Más allá de ese conjunto de hojas y tinta, el libro presenta la posibilidad de ver ideas, conocimientos y emociones, se convierte en algo animado que multiplica nuestras experiencias al confrontarlas y enriquecerlas con las de otros. Como todo lo vivo, el libro es indefinible. En todo caso, nadie ha logrado nunca, de un modo completo y para siempre, definir lo que es un libro. Porque un libro no es un objeto como los demás. En la mano no es sino papel; y el papel no es el libro.

Su poder de transmitir ideas los ha hecho también temibles. En su tiempo, la Inquisición persiguió a libreros y editores que difundían ideas que la Iglesia consideraba peligrosas; a algunos hasta los quemó con todo y sus libros. Los ensayos de David Hume sobre la inmortalidad del alma y sobre el suicidio fueron censurados por las autoridades eclesiásticas. Para que algunos de sus libros pudieran circular se les arrancaban las hojas que tenían pasajes prohibidos, sólo así podían salir a la luz. Los nazis alimentaron enormes hogueras con los libros que les horrorizaban. Y es que a los li-

bros no se les puede hacer cambiar de opinión, por eso quienes temen a las ideas que difunden los quemán, porque lo impreso, impreso está.

Después de ser tablillas de barro (las más antiguas, por cierto, fueron grabadas hace más de cinco mil años), los libros fueron también de papiro, una planta que crecía principalmente a la orilla del río Nilo. Los pueblos que habitaban esa región eran muy diestros en prepararla para que sirviera como base para escribir. Con una goma especial pegaban tiras largas y delgadas de la planta que después aplanaban y pulían. Una tira de papiro, que una vez escrita por un solo lado se enrollaba en un cilindro de madera, constituía un volumen, palabra que se ha conservado relacionada con el libro.

Los escritos de los filósofos, dramaturgos y poetas griegos de varios siglos estaban escritos en papiro. En la época de Platón y Sócrates la enseñanza se daba a través del contacto directo entre maestro y alumno, pero como el libro empezaba a cobrar gran importancia, Platón vislumbró que se gestaba un gran cambio en la manera de transmitir el conocimiento y se alarmó por ello. Creía que al darle preferencia a un texto escrito los estudiosos descuidarían el ejercicio de la memoria (→) y que se perdería, además, la relación entre maestro y alumno.

Un libro se lee al paso que marca el lector, y qué fácil es volver atrás, releer, detenerse, saltar sobre cosas que no interesan. Operaciones complicadas cuando no imposibles en los nuevos medios [...] Los libros son portátiles. El libro es directamente legible [...] un libro puede leerse casi en cualquier lugar o posición, de pie, sentado, acostado.

GABRIEL ZAIJ,  
*Los demasiados  
libros*

El libro, consideraba Platón, es una manera inhumana de procesar el conocimiento, porque es un objeto inerte, insensible a las dudas, al que no se le pueden hacer preguntas y que no distingue a quién se le debe hablar y a quién no. Sin embargo, Platón expresó esa inquietud por medio de la escritura, precisamente en un libro, uno de sus diálogos, el *Fedro*.

Después de ser rollo o volumen, el libro adquirió la forma de códice. Ya no era una larga tira enrollada, sino hojas dobladas en dos, en cuatro o en ocho. Esta forma es ya muy parecida a la que conocemos, y que llegó a perfeccionarse con la difusión del papel, en el siglo XII. Las hojas o pergaminos, antes que de papel, eran de piel de oveja, cabra o becerro y se encuadernaban con cuero, metal o madera.

Hasta ese momento la escritura se hacía a mano, con cálamo, punzón o pluma de ave. La tarea de copiar un libro podía prolongarse meses y hasta años. En la Edad Media los libros eran grandes, con ilustraciones coloreadas minuciosamente y con letras capitulares finamente adornadas. Muchas veces tenían cubiertas con figuras doradas, adornos de marfil y cierres de plata; eran, pues, muy valiosos. En los testamentos antiguos los libros aparecen enumerados después de las joyas y la platería.

Durante años se buscó la forma de hacer más rápida la reproducción de los libros. Se intentó hacerlo tallando las letras en planchas de madera que se entintaban y así podían imprimirse varias hojas con el mismo grabado y en menos tiempo. Pero las planchas se gastaban pronto y había que hacer tantas como páginas tenía una obra.

Fue hasta finales del siglo XV, cuando la demanda de libros empezó a crecer, cuando las iglesias y las universidades requirieron más obras y más ejemplares de esas obras, que Johannes Gutemberg inventó un sistema de tipos móviles de metal que le permitió, con una prensa manual parecida a las que se usaban para triturar las uvas, imprimir, en 1456, cien ejemplares de la Biblia.

Con la invención de los tipos móviles, con el advenimiento de la imprenta, el libro entró en una nueva época, la más espectacular en cuanto a número y difusión, pues empezó a llegar a grupos cada vez más amplios de la población.

El libro dejó de ser un objeto precioso que sólo podía consultarse en una biblioteca. En los monasterios, por ejemplo, llegaban a estar encadenados a la mesa de lectura, formaban parte de un mueble. Como ya se hacían más pequeños, el lector podía llevarlos consigo para leerlos cuando quisiera.

Desde Maguncia, donde Gutenberg imprimió en 1456 la ahora famosa Biblia de 42 líneas, la imprenta se extendió por toda Europa con gran rapidez y, desde entonces, el libro no ha dejado de transformarse ni de servir a la difusión de las ideas y como instrumento indispensable para la educación.

Con el advenimiento de las nuevas tecnologías electrónicas, el libro está ahora en el umbral de un gran cambio. Muchos, como Platón en su momento, expresan sus temores al respecto, creen que el libro de papel y tinta desaparecerá; otros, por el contrario, creen que tiene todavía larga vida.

Algunas de las muchas ventajas del libro tal como ahora lo conocemos, son que puede leerse casi en cualquier lugar y en múltiples posturas, es posible regresar fácilmente para releer algo que no se entendió, adelantar para llegar a un pasaje que se espera con ansias. Además, no deja de sorprender que un libro común, impreso sólo en blanco y negro, pueda contener las máximas maravillas en todos los colores y formas que es posible imaginar.

La curiosidad por conocer lo que otros piensan hace que los libros sean tan apreciados. No bastan los propios ojos, hay que ampliar la visión con la de los demás.

Sería excelente, dice un autor, que los animales supieran escribir para saber cómo ven a los humanos y qué piensan del mundo en que viven. Gracias a los libros, nuestros recuerdos abarcan milenios. En los libros está nuestra historia como género humano, lo que sabemos, imaginamos y sentimos sobre nosotros mismos y sobre el mundo que nos rodea. Los libros son fuente de sabiduría y también de inmensos placeres. Para muchos, los libros son una compañía indispensable. Como decía Umberto Eco, leer es una necesidad biológica de nuestra especie.

## BIBLIOGRAFÍA

- Dahl, Svend, *Historia del libro*, trad. de Alberto Adell, Madrid, Alianza Editorial, 2003.
- Escarpit, Robert, *La revolución del libro*, Madrid, Alianza Editorial, 1968 (El libro de bolsillo).
- Hadas, Moses, *Guía para la lectura de los clásicos griegos y latinos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.
- Manguel, Alberto, *Una historia de la lectura*, trad. de José Luis López Muñoz, Bogotá, Editorial Norma, 1999.
- Millares Carlo, Agustín, *Introducción a la historia del libro y de las bibliotecas*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1993.



# UACM

Universidad Autónoma  
de la Ciudad de México

*Nada humano me es ajeno*



**Cosecha** de Palabras. *Lectura-escritura. Libro*,  
publicación a cargo del **Taller de impresión** de la UACM.

San Lorenzo, 290, col. Del Valle, México, D.F. Se utilizaron tipografías

Helvética y Berkeley. **Tiraje: 4 000 ejemplares.** Ciudad de México, septiembre de 2008.



El diccionario ofrece, generalmente, la lectura de definiciones rígidas, inflexibles; esta Cosecha de Palabras, en cambio, propone una comunicación amistosa con el lector, despliega un espacio para la reflexión y nos acerca al significado de términos que se emplean en toda búsqueda del conocimiento.

Entre tus manos tienes una de las hojas que conforman la vasta fronda de este árbol de palabras, abundante en matices y abierto a variados enfoques para facilitar tu estudio. Repiensa el mundo bajo su cobijo.



*Toma la palabra, el próximo libro puede llevar tu firma*